

Hora santa Vigilia jueves santo

Canto:

De noche iremos, de noche
Que para encontrar la fuente
Sólo la sed nos alumbra
Sólo la sed nos alumbra.

INTRODUCCIÓN

Tras la última cena, el Señor, viendo que su hora estaba próxima, se encaminó con sus discípulos al monte de los olivos. Allí tanto a ellos como a nosotros nos invita a orar y velar, a acompañarle en estos momentos de dolor y sufrimiento. Este momento de Jesús lo contemplaremos por medio de la Santa Biblia, desde tres ángulos diferentes pero complementarios, desde los Salmos, desde el Evangelio y desde la Carta a los hebreos. De la mano de Joseph Ratzinger, siguiendo de cerca las palabras de su libro: Jesús de Nazaret.

1. SALMOS

Los Salmos son oraciones en comunión con Jesús. San Agustín dice que en los Salmos es siempre Cristo quien habla, a veces como Cabeza, a veces como Cuerpo. Pero por Jesucristo, nosotros somos ahora un único sujeto y podemos por tanto, junto con Él, hablar realmente con Dios. Cristo rezó con los Salmos, dando unión a ambos Testamentos. Jesús oró en perfecta comunión con Israel y, sin embargo, Él mismo es Israel de un modo nuevo: la antigua Pascua aparece ahora como el anticipo, pues la nueva Pascua es Jesús mismo, y la verdadera liberación se realiza ahora mediante su amor, que abarca a toda la humanidad.

Jesús habla de sí mismo a Dios Padre mediante los Salmos, palabras absolutamente propias de Jesús en su tribulación, Él es el verdadero orante de los Salmos. Así dirá en Getsemaní; “Me muero de tristeza”, palabras del Salmo 43, o en la cruz “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. No es que pensase que su Padre lo hubiese abandonado, Jesús jamás duda del Padre, por eso lo llama “Dios mío”, Jesús estaba rezando con el Salmo 21. Ofrecemos a continuación el Salmo 87 que expresa con claridad los sentimientos de Jesús en Getsemaní.

Salmo 87

Señor, Dios mío, de día te pido auxilio,
de noche grito en tu presencia;
llegue hasta ti mi súplica,
inclina tu oído a mí clamor.

Porque mi alma está colmada de desdichas,
y mi vida está al borde del abismo;
ya me cuentan con los que bajan a la fosa,

soy como un inválido.

Tengo mi cama entre los muertos,
como los caídos que yacen en el sepulcro,
de los cuales ya no guardas memoria,
porque fueron arrancados de tu mano.

Me has colocado en lo hondo de la fosa,
en las tinieblas de fondo;
tu cólera pesa sobre mí,
me echas encima todas tus olas.

Ha alejado de mí a mis conocidos,
me has hecho repugnante para ellos:
encerrado no puedo salir,
y los ojos se me nublan de pesar.

Todo el día te estoy invocando,
tendiendo las manos hacia ti.
¿Harás tú maravillas por los muertos?
¿Se alzarán las sombras para darte gracias?

¿Se anuncia en el sepulcro tu misericordia,
o tu fidelidad en el reino de la muerte?
¿Se conocen tus maravillas en la tiniebla,
o tu justicia en el país del olvido?

Pero yo te pido auxilio,
por la mañana irá a tu encuentro mi súplica.
¿Por qué, Señor, me rechazas
y me escondes tu rostro?

Desde niño fui desgraciado y enfermo,
me doblo bajo el peso de tus terrores,
pasó sobre mí tu incendio,
tus espantos me han consumido:

Me rodean como las aguas todo el día,
me envuelven todos a una;
alejaste de mí amigos y compañeros:
mi compañía son las tinieblas.

Canto:
Cristo, Jesús, oh, fuego que abrasa
que las tinieblas en mí no tengan voz.
Cristo, Jesús, disipa mis sombras
y que en mí solo hable tu amor.

2. EVANGELIO

Del evangelio según san Lucas:

Salio y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: “Orad, para no caer en tentación”. Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de la angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia los discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo: “¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación”. (Lc 22, 39-46)

El llamamiento a la vigilancia había sido ya un tema central en el anuncio en Jerusalén, y ahora aparece con una urgencia muy inmediata. Pero aunque se refiere a aquella hora precisa, este llamamiento apunta anticipadamente a la historia futura del cristianismo. La somnolencia de los discípulos sigue siendo a lo largo de los siglos una ocasión favorable para el poder del mal. Esta somnolencia es un embotamiento del alma, que no se deja inquietar por el poder del mal en el mundo, por toda la injusticia y el sufrimiento que devastan la tierra. Es una insensibilidad que prefiere ignorar todo eso; se tranquiliza pensando que, en el fondo, no es tan grave, para poder permanecer así en la autocomplacencia de la propia existencia satisfecha. Pero esta falta de sensibilidad, esta falta de vigilancia, tanto por lo que se refiere a la cercanía de Dios como al poder amenazador del mal, otorga un poder en el mundo al maligno.

Canto:

Para que mi amor no sea un sentimiento
Tan sólo de deslumbramiento pasajero
Para no gastar mis palabras más mías
Ni vaciar de contenido mi te quiero.

Quiero hundir más hondo mi raíz en Ti
Y cimentar en solidez éste mi afecto
Pues mi corazón que es inquieto y es frágil
Sólo acierta si se abraza a tu proyecto.

Más allá de mis miedos
Más allá de mi inseguridad
Quiero darte mi respuesta
Aquí estoy
Para hacer tu voluntad
Para que mi amor sea decirte sí
Hasta el final.

Duermen su sopor y temen en el huerto
Ni sus amigos acompañan al maestro
Si es hora de cruz, es de fidelidades
Pero el mundo nunca quiere aceptar esto.

Dame comprender, Señor, tu amor tan puro
Amor que persevera en cruz, amor perfecto
Dame serte fiel cuando todo está oscuro
Para que mi amor no sea un sentimiento.

Más allá de mis miedos
Más allá de mi inseguridad
Quiero darte mi respuesta
Aquí estoy
Para hacer tu voluntad
Para que mi amor sea decirte sí
Hasta el final.

No es en las palabras ni es en las promesas
Donde la historia tiene su motor secreto
Solo es el amor, en la cruz madurado
El amor que mueve a todo el universo.

Pongo mi pequeña vida hoy en tus manos
Por sobre mis seguridades y mis miedos
Y para elegir tu querer y no el mío
Hazme en mi Getsemaní fiel y despierto.

Más allá de mis miedos
Más allá de mi inseguridad
Quiero darte mi respuesta
Aquí estoy
Para hacer tu voluntad
Para que mi amor sea decirte sí
Hasta el final.

3. CARTA A LOS HEBREOS.

De la Carta a los hebreos:

Cristo en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, y por su actitud reverente fue escuchado. (Heb 5,7)

Pero ¿fue realmente escuchado? De hecho, ¡murió en la cruz! Por eso algún teólogo luterano ha sostenido que en este caso debería haberse puesto un “no”; no fue escuchado. Pero una explicación que convierte el texto en su contrario no es una explicación. Debemos tratar más bien de entender esta forma misteriosa de “ser escuchado” para acercarnos así también al misterio de nuestra salvación.

Será con la resurrección cuando el Padre lo salva definitivamente y para siempre de la muerte. Y esta muerte no le incumbía sólo a Cristo, su muerte fue una muerte por todos, fue la superación de la muerte misma. En la cruz misma aparece, de manera velada, la gloria de Dios, la transformación de la muerte en vida.

Desde la cruz viene a los hombres una vida nueva. En la cruz, Jesús se convierte en fuente de vida para sí y para todos. En la cruz, la muerte queda vencida. El que Jesús fuera escuchado afecta a la humanidad en su conjunto: su obediencia se convierte en vida para todos. Y, así, este pasaje de la Carta a los hebreos concluye coherentemente con las palabras: “Se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna, proclamado por Dios Sumo Sacerdote según el rito de Melquisedec”. (Heb 5, 9-10)

Finalicemos esta Hora santa con un canto de esperanza, con la certeza de que nuestro Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos. (cf. Mc 12,27)

Canto:

Nada te turbe, nada te espante
Quien a Dios tiene, nada le falta
Nada te turbe, nada te espante
Solo Dios basta.